

Prólogo

Como se afirma en uno de los capítulos de este libro, “en el panorama de la práctica educacional y de los estudios sobre ella en la actualidad, se muestran dos tendencias contradictorias referidas al lugar y papel de la filosofía en la educación [...] Una, que subvalora, minimiza, tergiversa y trata de quitarle espacio a la presencia y función de la filosofía en la esfera educacional. [...] Por otro lado, se encuentran posiciones referidas a la relevancia y necesidad de continuar acudiendo al conocimiento filosófico para comprender de mejor manera el mundo actual con sus contradicciones, riesgos y tendencias, sobre todo direccionado a orientar una mejor y más adecuada transformación y mejora de la sociedad y del ser humano, parte inalienable de lo cual debe ser considerada la educación”¹.

La obra *Voces de la Filosofía de la Educación* que tengo el gusto de prologar, se integra claramente en la tendencia que reconoce el papel insustituible de la reflexión filosófica en el conjunto de la vida humana y, de modo particular, en una de las labores más necesarias, de mayor responsabilidad –y también más bellas– a las que puede dedicarse un ser humano: la tarea de educar.

En el marco de un contexto que pretenda ser *formativo*, una educación sin Filosofía sería miope, y la Filosofía de la Educación que no tuviera como referente principal incidir positivamente en las prácticas educativas concretas resultaría estéril. Por lo tanto, es preciso que los

1 • Cfr. Cap. II

profesores adquieran una mayor familiaridad con la rica tradición de contenidos y procedimientos filosóficos que son relevantes para el buen ejercicio de su trabajo, del mismo modo que se esfuerzan por mejorar los aspectos prácticos y técnicos de su profesión.

Los educadores han de realizar su labor con una perspectiva amplia, que sin atender exclusivamente a los requerimientos urgentes del presente inmediato, tenga en cuenta las consecuencias de sus acciones a medio y largo plazo. Se precisa una visión que conecte el esfuerzo diario con el empeño por construir un futuro mejor para cada uno de los alumnos y para la sociedad en su conjunto. Por eso, si los profesores no cultivaran una actitud filosófica, su trabajo correría el peligro de astillarse en un caleidoscopio de prácticas y técnicas erráticas, sin sentido de la orientación. Y si los filósofos de la educación no se plantean en sus reflexiones los problemas educativos prácticos, reales, no verán fructificar nunca su especulación².

La Filosofía de la Educación, como actitud vital y disciplina académica, constituye en la actualidad un área de conocimiento muy dinámica si atendemos al número de Sociedades profesionales, reuniones científicas y publicaciones existentes, sobre todo en el mundo académico de habla inglesa. Aunque, como sucede con cualquier otra disciplina humanística, no sea muy elevado el número de quienes la cultivan, en parte como consecuencia de los recortes presupuestarios que han sufrido los Departamentos Universitarios de las Facultades de Letras en las presentes circunstancias de gobierno economicista de la Educación Superior.

Pero el cultivo de la Filosofía de la Educación no es patrimonio exclusivo del mundo anglosajón. En el ámbito de lengua castellana también está presente con un alto nivel de calidad, y la obra *Voces de la Filosofía de la Educación* es una buena muestra de ello. En este libro se recoge un abanico de trabajos muy amplio, rico y plural, que se injertan en tradiciones de pensamiento clásicas y contemporáneas, que van desde el ideal educativo de la formación de las virtudes –que recorre la historia de la educación en occidente de Aristóteles a Mar-

2 • He desarrollado más ampliamente este argumento en “Filosofía y actitud filosófica: sus aportaciones a la educación”, *Revista Española de Pedagogía*, n. 258 (2014), pp. 231-247.

ta Nussbaum, pasando por Tomás de Aquino–, a los epígonos del pensamiento marxista, o la eliminación de la noción de sujeto y de formación que propugnan Deleuze o Foucault.

Aunque mi modo personal de entender la naturaleza del saber filosófico y su servicio a la práctica educativa se aproxime más a unas posturas que a otras, considero que todas las aportaciones que se recogen en este volumen son relevantes, y auguro que se convierta en un punto de referencia en la literatura académica de Filosofía de la Educación en Iberoamérica.

Es un hecho significativo que la gestación de esta obra se haya llevado a cabo precisamente en México –una nación muy querida para mí– que constituye un puente entre dos mundos: Norteamericana por su situación geográfica e Iberoamericana por su lengua y tradiciones, y a la vez con sólidos vínculos que le unen más allá del Atlántico con España y a través de ésta con Europa. Además, los autores abarcan un amplio espectro de países –Argentina, Brasil, Cuba, El Salvador, España, México y Uruguay– con la riqueza que esta diversidad representa, en cuanto a puntos de vista y sensibilidades.

En algunos capítulos se analizan aportaciones filosófico-educativas de autores de épocas y escuelas muy diversas: Aristóteles (Ramírez), Tomás de Aquino (Martínez), Nietzsche, Deleuze y Foucault (Gallo), Gadamer (Cullén), Ricoeur (Moratalla), Luzuriaga (Casado) y Ellacuría (Samour). En otros, son filósofos contemporáneos quienes exponen de primera mano, con su propia voz, su visión original de la Filosofía y su relación con la educación, como sucede en el capítulo firmado por Ramos y la presentación de la *Hermenéutica Analógica* y sus posibilidades de aplicación en el ámbito educativo que hace Beuchot.

La aproximación metodológica a los temas tratados en *Voces de la Filosofía de la Educación* incluye estudios de carácter histórico que son imprescindibles para entender la situación educativa en Iberoamérica en la actualidad –como el nacimiento de la ILE y el desarrollo de la Filosofía de la Educación en España durante el primer tercio del siglo xx (Casado), la elaboración de esta disciplina en Iberoamérica (Magallón) y en ese ámbito más reducido que ha venido a llamarse “nuestra América” (Bonilla)–. Por otra parte hay también capítulos de naturaleza sistemática en los que se abordan cuestiones de gran inte-

rés, como las relaciones entre la educación y los Derechos Humanos (Bonilla), a quién corresponde el gobierno de la educación (Silveira), la educación de las virtudes (Martínez, Ramírez), o la función de la Universidad en el conjunto del tejido social (Samour).

Agradezco a D. Víctor Gutiérrez Torres su amable invitación a escribir el prólogo de este libro (a pesar de que pertenezco a un país que, en expresión de alguno de los autores, “en el pasado ha ejercido procesos de dominación, exacción y exterminio”³ sobre el continente iberoamericano). Espero que obras como la presente, que constituye una valiosa aportación al área de la Filosofía de la Educación en lengua castellana, sirva también de instrumento para superar viejos odios disolviendo con la razón el lastre de la ideología.

MARÍA G. AMILBURU
Madrid, marzo de 2015

3 • Cfr. Cap. 2.